

Xavier Antich

¿Banalizar el nazismo?

Nada te prepara para llegar hasta aquí: Auschwitz II-Birkenau. Es igual lo que sepas y lo que hayas leído. Atravesar el muro con las alas de la muerte desplegadas y entrar en la explanada de Birkenau llena todos los relatos de una verdad insostenible. Suscribo, palabra por palabra, lo que escribió Claude Lanzmann: "El encuentro de un nombre y de un lugar echó por tierra todo mi saber".

Ya conocía la diferencia entre los campos nazis. Y sabía que Birkenau no es un campo de concentración como Dachau, Mauthausen, Buchenwald o tantos otros. Sabía que Birkenau fue uno de los seis campos de exterminio (*Vernichtungslager*), como lo fueron Chelmno, Majdanek, Belzec, Sobibor y Treblinka: destinos a los que se conducían a millones de personas con el único objetivo de asesinarlas en masa.

Antes de entrar en la explanada de Birkenau, ya había leído las 1.500 páginas del monumental estudio de Raul Hilberg *La destrucción de los judíos europeos* (Akal), la referencia absoluta, y la versión algo divulgativa de Laurence Rees, *Auschwitz. Los nazis y la solución final* (Booket). También, *Drohobycz, Drohobycz* de Henryk Grynberg (El Olivo Azul), un estudio muy serio sobre el destino de los judíos polacos bajo el Tercer Reich. Había visto y estudiado las casi diez horas de *Shoah*, la película imprescindible de Lanzmann, que a tantos nos cambió la mirada.

Durante años, he leído y releído los libros de Jean Améry (*Levantar la mano so-*

bre uno mismo y *Más allá de la culpa y la expiación*: Pre-Textos) y de Primo Levi, claro (*Si esto es un hombre* y *Los hundidos y los salvados*: El Aleph), además del *Informe sobre Auschwitz* (Reverso) que Levi escribió con el doctor Leonardo Debenedetti sobre las condiciones sanitarias y las enfermedades del campo de Auschwitz-Monowitz. Y muchos otros documentos testimoniales de Auschwitz, todos insustituibles, elocuentes, reveladores: *Una mujer en Birkenau* (Alba) de Seweryna Szmaglewska; *El humo de Birkenau* (Acantilado)

por la propia Anita Lasker-Wallfisch (Albin Michel). Y ciertos testimonios, llegados desde el centro del horror, escritos por miembros del Comando Especial de Birkenau, la invención más terrorífica del sistema concentracionario nazi: como el libro *Sonderkommando* (RBA), de Shlomo Venezia, que tenía 21 años cuando fue escogido para trabajar con otros prisioneros judíos en las cámaras de gas de Birkenau y que, inexplicablemente, logró sobrevivir. O el libro único, estremecedor, de Zalmen Gradowski, *En el corazón del infierno* (Anthropos), el relato testimonial, milagrosamente salvado, después de haber sido enterrado en el interior de una cantimplora por un miembro del Sonderkommando del crematorio III de Birkenau, y asesinado en octubre de 1944, durante la revuelta de su grupo. O, más recientemente, el testimonio, en forma de libro-entrevista, de Jo Wajsblat, un judío polaco que entró con quince años en la cámara de gas del Krematorium IV de Birkenau y que volvió a salir de donde nadie salió,

después de que Mengele ordenara abrir las puertas y sacar a una cincuentena de niños, de los que sólo tres sobrevivieron. Él, Jo Wajsblat, era uno de los tres, y tardó cincuenta años en explicarlo a Gilles Lambert en *Le témoin imprévu* (Florent Massot).

He escuchado, también hasta saberlos de memoria, el disco de *Brave Old World* con las canciones del gueto de Lodz y el de Sarah Gorbey con *Les inoubliables Chants du Ghetto*, así como los discos con canciones yiddish del trío de Moshe Leiser.

Pero es igual. Nada te prepara para llegar hasta aquí. Basta atravesar el muro de Birkenau, seguir a pie las vías del tren, llegar hasta el andén donde descargaban como rebaños a varios cientos de miles de personas, y continuar caminando hasta el lugar en el que estuvieron los Crematorios II y III, con las salas para desnudarse, las cámaras de gas y los hornos, y que los nazis destruyeron antes de que las tropas soviéticas liberaran el campo, para adivinar de golpe la dimensión y la escala del horror. Ya no queda nada. Y, sin embargo, to-

La sociedad que tolera banalizar el nazismo es, como mínimo, despreciable y moralmente indigna

do está ahí, todavía, de algún modo, interpelando sin posibilidad de respuesta. Estremece pensar, todavía hoy, lo que explicó Primo Levi cuando le preguntó a un tipo alto y gordo "¿Warum?" (por qué?), y este le contestó: "Hier ist kein warum" ("Aquí no hay ningún porqué"). Nunca olvidaré las horas pasadas en la explanada de Birkenau, una mañana de mayo del 2013, a donde llegué con algunos de mis mejores amigos.

Y a modo de coda. En ningún país de Europa sucede lo que en España se ha convertido en hábito: utilizar los términos *nazi* y *nazismo*, como se hace últimamente con los catalanes, el Govern de la Generalitat o el Parlament de Catalunya, para descalificar a un adversario político. Es igual que lo haga un parlamentario o un ministro, un presidente autonómico o un periodista, un político del PP, PSOE, UPyD o C's: hay que ser un miserable para banalizar el nazismo así, insultando de paso a millones de víctimas de un régimen genocida. Y la sociedad que lo tolera es, cuando menos, despreciable y moralmente indigna. ●



IGNOT

de Liana Millu; los tres volúmenes de Charlotte Delbo *Auschwitz y después* (Turpial); *J'ai survécu à Auschwitz* de Krystyna Zywulska (tCHu); *Nuestro hogar es Auschwitz* de Tadeusz Borowski (Alba); *Cròniques d'un altre món* de Paul Steinberg (Edicions de 1984)... y tantos otros...

Y algunos más, igualmente estremecedores, como *Mémoires d'Auschwitz* de Simon Laks (Cerf), el director de la orquesta de Auschwitz II-Birkenau; y *La vérité en héritage. La violoncelliste d'Auschwitz*, escrito